
El príncipe

Maquiavelo, Nicolás (2012). Traducción, introducción, notas y apéndice: Ivana Costa. Posfacio y comentarios: Horacio González. Buenos Aires: Colihue. 416 p. ISBN: 978-950-563-018-9.

Alcira Beatriz Bonilla / Universidad de Buenos Aires

Recibido el 10 de enero de 2016. Aceptado el 7 de marzo de 2016.

La historia de las traducciones al español de *Il Principe* no llega a dos siglos: recién comienza en 1821 con la traducción de Alberto Lista y es seguida por una anónima de 1842.¹ Tal vez, porque en la época de aparición del libro y durante décadas posteriores el público lector español dominaba la lengua italiana o porque Maquiavelo fue un autor prohibido en España desde 1583, el número de traducciones resulta muy escaso en relación con el renombre de una obra ensalzada y demonizada con parejo entusiasmo. Por esto el hecho de que en menos de una década hayan aparecido dos ediciones de *Il Principe* en el medio editorial argentino suscita la pregunta por las razones de tales acontecimientos culturales. La primera data de 2003 y es una traducción con introducción y notas realizada por Antonio Tursi;² la segunda, de 2012 (el texto que aquí se comenta). Las dos ediciones comparten varios rasgos: ambas resultan producto de intenso trabajo filológico, histórico y erudito de figuras notables de la universidad argentina, ambas eluden la discusión preciosista y ambas, finalmente, pretenden instalar debates teórico-políticos con una mirada didáctica puesta en sus interlocutores principales que son las jóvenes generaciones que se incorporan a la arena ciudadana después de varios años de silenciamiento y olvido de su protagonismo fundamental. Esto equivale a decir también que ambas pueden ser vistas como acontecimientos culturales que, por otra parte, el contexto vuelve inteligibles y hasta necesarios. Desde esta perspectiva puede leerse la primera como texto inaugural para una instancia de lenta y trabajosa recuperación democrática después de años de democracia formal y de neoliberalismo salvaje que terminaron socavando la voluntad política de las y los argentinos. La segunda edición, en cambio, de mayor riqueza intertextual, integra en correspondencia sutil la traducción anotada de Ivana Costa, también autora de la introducción y organizadora de dos apéndices, y el postfacio de Horacio González seguido de comentarios que éste realiza a la "Dedicatoria" y a cada uno de los capítulos del libro. Esta nueva edición, a diferencia de la primera, ofrece mayor cantidad de materiales para el estudio y, al interactuar con lectores y actores de épocas y constelaciones diversas, brinda herramientas para el debate intenso sobre "lo político" y "la política" que la década transcurrida desde la primera ha dejado habilitado.

La "Introducción" (pp. V-LXX) brinda un primer acceso ágil al texto mediante una contextualización biográfica de su redacción y edición no carente de detalles eruditos. Así se subraya

1 Arbulu Barturen, María Begoña (2012). "Las primeras traducciones españolas editadas de *Il principe* de Maquiavelo: la traducción de 1842", *Orillas*, vol. 1, pp. 1-24.

2 Maquiavelo, Nicolás (2003). *El Príncipe*. Introducción, traducción y notas: Antonio Tursi. Buenos Aires: Biblos.

la importancia de la experiencia diplomática del florentino como inspiradora de obras posteriores. En particular el breve tratado *Descripción del modo en que el duque Valentino mató a Vitellozzo Vitelli, Oliverotto de Fermo, el señor Pagolo y el duque de Gravina Orsini*, considerado como “borrador” de *El príncipe*, enriquece esta edición como Apéndice I, en traducción anotada con “Nota introductoria” de Ivana Costa. En el segundo párrafo de la “Introducción” el énfasis puesto por Maquiavelo en la experiencia es señalado como un rasgo idiosincrático de su pensamiento político y punto de flexión para la ruptura con los humanistas de su época. A partir de esta caracterización se destacan los tres núcleos filosóficos desarrollados por la traductora: una breve consideración sobre el concepto de *verità effettuale della cosa*, que, según Costa, lo aproxima a puntos de vista aristotélicos; en relación con este tratamiento las diferencias de Maquiavelo respecto de la tradición inmediatamente precedente en torno a la cuestión del amor o temor de los súbditos hacia el príncipe; y la dialéctica entre *fortuna* y *virtù*, para cuyo análisis la estudiosa recurre a diversas fuentes privilegiando igualmente la aristotélica. El tercer acápite de la “Introducción” discierne la presencia en *El Príncipe* de ecos constatables de la doctrina de Aristóteles sobre la prudencia (once veces emplea el florentino las palabras *prudente* o *prudencia*), sin dejar de señalar innegables distancias, puesto que la noción de prudencia “no está inserta en una teoría general sobre la virtud” (LI), y a Maquiavelo le interesa sobre todo su análisis desde el punto de vista de sus resultados, en tanto la prudencia se convierta en auxiliar de la fortuna. Costa da muestras de una mirada sensible a los matices del tratamiento “investigativo” que Maquiavelo hace de los textos antiguos y de la historia, concebidos como un vasto campo de experiencia que, en intercambio dialéctico interminable, permite comprender el pasado, evaluar críticamente los problemas del presente y examinar posibles soluciones (LX). A continuación de la “Introducción” propiamente dicha, se mencionan las ediciones que han servido de base documental a la traducción, se brinda una cronología biobibliográfica de Maquiavelo (desde su nacimiento en 1469 hasta la prohibición inquisitorial de su obra en Roma en 1552), se indican las principales ediciones de la obra en castellano y un listado de obras básicas para el estudio del autor.

Respecto de la traducción misma (1-141), puede decirse que la lectura de la prosa rápida, vivaz y concisa del enorme escritor que comunica la *verità effettuale della cosa* avanza sin tropiezos por la traducción de Costa. Ésta procura conservar la voz distintiva del original de un modo amable para oídos contemporáneos. También hay que destacar el cuidado puesto por la traductora en los términos técnicos -que no sólo interpreta en la “Introducción” sino también en varias notas-, con los detalles militares, políticos y geográficos y con aquellas expresiones cuya traducción literal parece imposible. En este sentido, las 242 notas de su autoría se convierten en un paratexto ineludible para apreciar mejor la enjundia de la obra.

“La densa cultura heredada en torno a este libro” (168, n. 255) no parece amilanar a Horacio González al momento de escribir “Para leer a Maquiavelo”, breve y sugerente “Postfacio” (143-160) que recupera esa “densa cultura”, y generosamente también la producida en nuestro medio. Su final abre el espacio para los juegos discursivos que se desarrollan en los “Comentarios” que se desgranar a continuación de aquél: “Este teatro del pensamiento, esta comedia ingrata de las pasiones que disputan con las divinidades más altas es la prueba maldita de que se puede pensar libremente, tocar la envoltura del crimen para salvar la escritura. A eso llamamos príncipe” (160).

No cabe duda de que González ha quedado fascinado sobre todo por la presencia y el tratamiento de *lo político* en la obra. No parece arriesgado recordar aquí a Napoleón Bonaparte, fascinado desde “las Armas” por *lo político* de *El Príncipe*.³ A diferencia de las notas del Corso famoso González vuelca en las suyas esta fascinación desde “las Letras”. Escritos como a mano alzada los veintiún Comentarios (161-257) deben ser leídos una y otra vez para comprender la riqueza de niveles y de matices que contienen, aunque sigan linealmente el orden del texto original, comenzando por el de la “Dedicatoria”. De “pompa grave y equívoca”, la tensa “Dedicatoria” decanta en una consideración cercana a las preocupaciones del propio comentarista sobre la función del “intelectual” -término ajeno al léxico de Maquiavelo-, esa “voz quimérica” (201), y del juego de miradas en el que éste se despliega. Siempre inadecuado o situado en otro plano de la realidad, el intelectual pertenece a un *ordine terzo*, porque “puede moverse sincréticamente entre ambos polos del drama político, el pueblo y el príncipe, considerando lo que ocurre en ambos extremos del cuerpo político con relativa independencia y rara simultaneidad” (164). Al sintético Capítulo I González dedica un Comentario igualmente conciso, donde señala tres aspectos fundamentales para la lectura del original y la de estas notas: 1) “es una enjuta condensación de todo lo que se dirá después” (169); 2) el moderno estilo de Maquiavelo, *more geométrico*, puede ser pensado como “un crucigrama que va desdoblando enunciados por pares, sin que se sepa dónde se podría detener esta rueda de la fortuna que va girando con escisiones inagotables” (168); y 3) de este modo “el príncipe” no representa ni a una persona ni un arquetipo conceptual, sino que resulta ser “la lógica de estas escisiones y la imposibilidad de que ellas se detengan alguna vez” (169), vale decir, es la representación de los actos fundadores de lo político, así como el carácter permanente y abisal de lo político en la historia. Entre muchos aciertos de estos comentarios cabe señalar el cuidado en poner de manifiesto los rasgos originales del “decir” maquiaveliano de lo político, ya sea mediante el análisis del método y las ideas expuestas como de la expresión que no resulta mero vehículo de las mismas. Así, por ejemplo, al comentar el Capítulo II, González destaca la importancia de las metáforas arquitectónicas en *El Príncipe* recurriendo al *addentellato* como expresión de la fragilidad de lo político y de su siempre renovada capacidad de regeneración a partir de saliencias o restos. En el comentario al Capítulo III se va a mostrar la relación entre la teoría del tiempo que despliega Maquiavelo en la obra y el tiempo presente en el que está escrita, “presente en el cual se repliega el conjunto de figuras arquetípicas del pasado y del futuro” (175), del mismo modo que cuando emplea ejemplos de la historia remota los ata con la actualidad mediante alusiones (178) o piensa la fortuna como condensación del tiempo “en su forma perpleja, impensada” (250). En este sentido resulta capital el comentario al modo en que Maquiavelo trabaja el sistema clasificatorio de las formas políticas en el Capítulo IX dedicado a la categoría de “principado civil”. Al tratar allí nada menos que “las formas últimas de la realidad sustantiva e imaginaria de lo político” (192): el *populo* y los *grandi*, las clasificaciones resultan siempre fugaces, señala González, meros disfraces u órdenes mentales precarios (del autor y del príncipe), para tratar de domeñar la oscura, peligrosa y violenta materia del poder. “En el mundo no hay sino vulgo”, dice Maquiavelo en el Capítulo XVIII, pero González aclara la sutil distinción maquiaveliana que, por otra parte, justifica las tácticas disimuladoras del príncipe: “El vulgo conoce a través de las apariencias; es el pueblo el que busca la verdad” (224). Más adelante se señala que Maquiavelo es “el maestro de los nombres” (228), logrando al escribirlos un acto

3 Guillon, Aimé (1816). *Machiavel commenté par N. Buonaparte. Manuscrit trouvé dans le carrosse de Buonaparte, après la bataille de Mont-Saint Jean, le 18 juin 1815*, Paris: H. Nicolle, à la Librairie Stéréotype, rue de Seine, n° 12.

absoluto de ejemplificación a la vez que un nominalismo poético radical. Con estas referencias algo dispersas la autora de la reseña espera haber presentado una muestra suficiente de la riqueza condensada en los comentarios de Horacio González.

El Apéndice I (pp. 261-301) se titula “Un primer borrador de *El Príncipe*” y contiene la *Descripción del modo en que el duque Valentino mató a Vitellozzo Vitelli, Oliverotto de Fermo, el señor Pagolo y el duque de Gravina Orsini*, traducida, introducida y prolijamente anotada por Ivana Costa, como más arriba se destacó. Poniendo en duda las dataciones que consideran este texto posterior a *El Príncipe*, la estudiosa sostiene que se trata de una especie de ensayo de laboratorio para la obra famosa. Como ésta, dice Costa, la *Descripción...* está igualmente dotada de rasgos estilísticos originales que, a su juicio, la convierten en “antecedente ineludible” del *nuevo periodismo* contemporáneo que imbrica la subjetividad y creatividad del periodista en la narración de los hechos.

El Apéndice II (pp. 302-336) contiene una breve antología de textos críticos realizada y anotada por Ivana Costa, que también ha traducido algunos de ellos, bajo el título “Ecos de Maquiavelo y de *El príncipe* en la filosofía contemporánea”. La titulación de los fragmentos es portadora de una intención didáctica para complementar la “Introducción” del comienzo que enriquece y honra la labor de Costa. Así se enhebran textos de Federico Chabod (“El nacionalismo y Maquiavelo”), Antonio Gramsci (“La ciencia de la política”), Leo Strauss (“La intención de Maquiavelo: *El príncipe*”), Félix Gilbert (“El concepto humanístico de príncipe y *El príncipe*”), J. G. A. Pocock (“El nuevo príncipe y Maquiavelo, solos contra la fortuna”), Ugo Dotti (“El carácter mundano de la ética”) y Corrado Vivanti (“Maquiavelo y la información diplomática a comienzos del siglo XVI”).

En síntesis, esta edición de *El príncipe*, valiosa por la traducción y por la enjundia de los materiales que la acompañan, sin duda oficiará de guía experto para las personas interesadas en investigar las fuentes de los modos actuales de comprensión de lo político y de la política.